

LA PALABRA DE DIOS EN LA VIDA DE LA IGLESIA

Mons. Vincenzo Paglia

Queridos amigos y amigas,

Siento una gran alegría y emoción al tomar la palabra para iniciar este Congreso en ocasión del 40 aniversario de la *Dei Verbum*. Lo decidimos en la Asamblea General de la Federación Bíblica Católica celebrada en Beirut el año 2002. Y debo decir que el entusiasmo de la Asamblea nos ha animado para superar las no pocas dificultades con las que hemos tenido que enfrentarnos para llevarla a cabo. Su Beatitud, reverendos Sres. Cardenales y Obispos, queridos hermanos y hermanas de la Federación Bíblica, amigos todos, estamos aquí reunidos en Roma: bienvenidos a este Congreso. Creo que ninguno de nosotros estuvo presente en el aula conciliar el 18 de noviembre de 1965 cuando los padres conciliares firmaron casi unánimemente (sobre 2350 votantes, 2344 placet y 6 non placet) el texto de la *Dei Verbum*. La elaboración del texto había sido fatigosa, porque abordaba un nudo complejo de la teología que, por otro lado, implicaba notables consecuencias en el plano pastoral. La acogida positiva del documento ha evidenciado la oportunidad y la providencia de su elección.

Es particularmente curioso que la *Dei Verbum*, siendo el texto conciliar más breve, haya sido el que, junto a la Constitución de la Santa Liturgia, ha originado cambios más profundos en la vida de la Iglesia. Y la presencia de tantos hermanos y hermanas de las otras Iglesias y Confesiones cristianas – que saludo de todo corazón: bienvenidos entre nosotros! – muestra el valor ecuménico que la *Dei Verbum* ha tenido y todavía tiene en la vida de nuestras comunidades cristianas. Basta pensar al empuje, surgido a partir del documento conciliar, para superar los contrastes relativos a la estructura y a la traducción de la Biblia interconfesional. Las Santas Escrituras, veneradas por todos nosotros como un tesoro precioso, se han convertido en el lugar privilegiado para el encuentro entre cristianos y, por tanto, en una de las fuentes más ricas para dar un nuevo respiro al ecumenismo. Podríamos decir que la escucha común de la Palabra de Dios es hoy la vía que no sólo nos permite ver la unidad visible entre todos los cristianos sino que es la que puede conducirnos más rápidamente a la comunión eucarística. De hecho, ¿no fue éste el camino de los dos de Emaús? Si dejamos que la Palabra de Dios siga propagándose, como escribe Pablo a los Tesalonicenses (2 Tes 3,1), si dejamos que transforme nuestros corazones, también nosotros seremos conducidos a la mesa eucarística, signo de la comunión plena.

La *Dei Verbum* recogía un largo itinerario de debates y reflexiones. Ahora no es el momento para hablar de ello; en cambio, sería muy útil trazar la historia de la escucha de la Biblia por parte de los creyentes durante los dos mil años de cristianismo. Todos vosotros sabéis que en el primer milenio la Sagrada Escritura ocupaba un lugar privilegiado en la vida de la Iglesia: obispos, y sacerdotes, monjes y teólogos se confrontaban regular y apasionadamente con la Biblia. Sus palabras, sermones y estudio eran sobre todo comentarios a la Sagrada Escritura. Y también a los fieles se les exhortaba a relacionarse cada día con ella. Basta pensar en el rigor con que San Jerónimo amonestaba a un cristiano porque no sabía cuántas eran las cartas de San Pablo. Verdaderamente, toda la literatura teológica y espiritual del primer milenio testimonia la centralidad de la Biblia en la reflexión y en la vida de la Iglesia. La lectura de la Escritura se recomendaba a todos. No hay huella de ninguna prohibición en aquellos siglos que, incluso registraron intervenciones fuertes de parte de algunos obispos contra las herejías. Cesareo de Arlés estaba tan convencido de la importancia espiritual de la lectura cotidiana de la Biblia que exhortaba a los analfabetos ricos a pagar para que algunos les leyeran la Escritura: “Si aquellos que no conocen la Escritura pagan a personas que saben escribir para procurarse terrenos, tú, quienquiera que seas, que no sabes ni leer ni escribir, ¿por qué no buscas pagando y dando una recompensa a uno que te lea las Escrituras divinas para poder obtener las recompensas eternas?”.

La cuestión fue mucho más tormentosa en el segundo milenio que, sin embargo, desde el inicio vio cómo se difundía en las Iglesias la llamada *Biblia pauperum* para que incluso el analfabeto pudiese “leer” la Biblia por medio de imágenes. Era clara la conciencia de que sin conocer la Sagrada Escritura no se podía ser cristiano. El compromiso por una Iglesia más evangélica pasó a través de una renovada relación de la Escritura con la vida del creyente. Basta pensar en Francisco de Asís y en su radicalidad en el seguir el Evangelio *sine glossa*. Por desgracia, el clima polémico que invadió sucesivamente la cristiandad occidental también frenó, especialmente en el campo católico, el trato directo de la Biblia por parte de los fieles. El Concilio de Trento, que incluso había invitado a los obispos a reforzar los estudios bíblicos, no encontró una escucha adecuada. Es cierto que en la compleja cuestión de la vida de la Iglesia en la edad moderna, el clima polémico comprometió en mucho la relación entre Biblia y fieles. Pero, gracias al estímulo de las otras tradiciones cristianas, en la Iglesia católica se inició un movimiento de renacimiento de los estudios bíblicos que fue impuesto por la encíclica *Providentissimus Deus*. En la primera mitad del 1900 la Iglesia católica encontró cada vez más una relación nueva con la Escritura. No sólo maduró una comprensión más rica de los textos sagrados a través de los estudios histórico-críticos, sino que la Biblia fue re-descubierta con más fuerza como fuente de la vida espiritual y pastoral.

El Libro y el cáliz

Queridos amigos y amigas, dentro de pocos días comenzará el Sínodo sobre la Eucaristía. Es imposible no ver la mano de la providencia en la continuación de nuestro Congreso. El vínculo entre la Palabra de Dios y la Eucaristía es una tradición fuertemente anclada en la Iglesia. El beato Juan XXIII, cuando era patriarca de Venecia, en la carta pastoral sobre la Palabra de Dios dirigida a los fieles para la Cuaresma del 1952, escribió: “Enseñar la Sagrada Escritura, especialmente el Evangelio, al pueblo... y familiarizarlos con el libro sagrado, es como el alfa de las actividades de un obispo y de sus sacerdotes. La omega – permitidme esta imagen del Apocalipsis – está representada por el cáliz bendito de nuestro altar cotidiano... Las dos realidades van unidas: la Palabra de Jesús y la sangre de Jesús. Entre una y otra se suceden todas las letras del alfabeto: todos los eventos de la vida personal, doméstica, social; también todo lo que es importante pero es secundario en orden al destino eterno de los hijos de Dios, y que no vale si no es en cuanto se apoya en las dos letras terminales: es decir la Palabra de Jesús que siempre resuena en todos sus tonos en la Santa Iglesia desde el libro sagrado y la sangre de Jesús en el sacrificio divino, fuente perenne de gracia y bendición”. Estas palabras expresan con una fuerza espiritual no común como la Palabra y el Cáliz, la Biblia y la Eucaristía sean el alfa y omega de la vida de la Iglesia y de cada creyente.

También la *Dei Verbum* afirma: “La Iglesia siempre ha venerado la Sagrada Escritura como lo ha hecho con el Cuerpo de Cristo” (21). Y Juan Pablo II, abriendo su carta para la declaración del año de la Eucaristía con la icona de Emaús, indica este vínculo: de la escucha de la Palabra de Dios se llega a la *fractio panis*. Por esto nos sentimos profundamente unidos al próximo Sínodo de obispos. Nosotros deseamos hacer una pequeña aportación en vista a una primera comprobación de la recepción de la *Dei Verbum* con la esperanza de que pueda ser útil para una reflexión a nivel universal. La presencia tan numerosa de obispos provenientes de 100 países podría ser un estímulo para sugerir a las respectivas conferencias episcopales (en caso de que todavía no lo hayan hecho como en el caso de Italia) a organizar una asamblea sobre la recepción de la *Dei Verbum* en los respectivos países.

El 40 aniversario de la *Dei Verbum* es sin lugar a dudas una ocasión propicia. Y con mucha satisfacción experimentaremos lo que los padres conciliares deseaban, es decir un nuevo impulso espiritual para los creyentes a raíz de una nueva comprensión de las Escrituras. Obviamente junto a la realización de nuevas iniciativas. Dice el texto: “Y como la vida de la Iglesia se desarrolla por la participación asidua del misterio eucarístico, así es de esperar que recibirá nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la palabra de Dios, que *dura para siempre* (Is 40,8; cf. 1 Pet 1,23-25” (DV 26). Y así ha sido. No hay duda que hoy la Biblia no sólo se estudia con mayor competencia, sino sobre todo el pan de la Palabra de Dios

se distribuye con mayor abundancia y se gusta con más conciencia. Esto es lo que a nos interesa específicamente.

El tema del Congreso, de hecho, retoma a la letra el título del capítulo VI de la Constitución: “La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia”. La Federación Bíblica Católica, nacida en 1969 por iniciativa del Cardenal Bea, se propone ayudar a los creyentes a que continúen y abundantemente apaguen su sed bebiendo de la inagotable fuente de la vida contenida en la Biblia. Los padres conciliares invitan a los fieles a “acudir de buena gana al texto mismo: en la liturgia, tan llena del lenguaje de Dios; en la lectura espiritual, o bien en otras instituciones o con otros medios que para dicho fin se organizan hoy por todas partes con aprobación o por iniciativa de los pastores de la Iglesia”. Ellos sabían muy bien que “desconocer la Escritura es desconocer a Cristo”.

La Federación Bíblica Católica, que cuenta hoy con más de 93 miembros a pleno derecho y con 227 miembros asociados representando 127 países, en todos estos años ha intentado seguir aquella invitación del Concilio y quiere continuar haciéndolo. La numerosa y cualificada participación en este Congreso expresa la vitalidad del trabajo de los miembros de la Federación. Quisiera decir que también este Congreso es un signo de lo mismo: creo que es la primera vez que un número tan elevado de obispos, junto a tantos fieles, provenientes de más de cien países del mundo, y con la presencia de no pocos representantes de las otras Iglesias, se reúnen para reflexionar y discutir sobre la centralidad de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia. Y permítame que agradezca a la Conferencia Episcopal Italiana su contribución para la realización de este nuestro congreso, junto a la Siemens Italia que, con visión de futuro y generosidad, ha comprendido que la ayuda para un encuentro como éste no está lejos de la finalidad de una empresa que mira al mundo entero. Y por mi parte deseo que esta relación pueda reforzarse.

El Congreso – como puede verse en el programa – se articulará alrededor de tres relaciones principales: la del Cardenal Kasper que subrayará sobre todo el aspecto teológico de la *Dei Verbum*, la del arzobispo Onaiyekan que trazará el itinerario de los últimos cuarenta años después del documento conciliar, y la tercera del Cardenal Martini que reflexionará sobre todo sobre el aspecto pastoral de la Constitución. En estos días habrá una serie bien nutrida de mesas redondas en las que se mostrará el extraordinario camino seguido en la Iglesia sobre la relación de los fieles con la Sagrada Escritura y se subrayarán también las problemáticas que todavía hoy están abiertas para que la Biblia llegue a ser el libro de cada creyente y de todas las comunidades cristianas.

Al inicio del tercer milenio

Ciertamente tenemos que agradecer a Dios que los cristianos hayan empezado el tercer milenio con un importante bagaje de conocimiento y amor por las Santas Escrituras, un bagaje bastante más rico que en el pasado y que por tanto nos hace esperar que ellos llegarán a ser cada vez más “sal de la tierra y luz del mundo”. Sin embargo, no podemos ocultar que todavía queda un largo camino a recorrer para que la Biblia ocupe un puesto central en la vida pastoral de nuestras comunidades así como en la vida espiritual de cada uno de los creyentes. Es evidente que el camino nunca se terminará. Cada generación cristiana debe dejarse plasmar por la Palabra de Dios. Cada generación debe escuchar y, por consiguiente, anunciar. Y ésta es una tarea que no se puede posponer.

Quisiera, a modo de síntesis, retomar la exhortación de Juan Pablo II a los cristianos de Europa y de nuevo proponerla a las Iglesias de todas las partes del mundo que nosotros, en cierto modo, representamos. Decía Juan Pablo II: “Iglesia en Europa, ¡empieza el nuevo milenio con el libro del Evangelio! En el estudio atento de la Palabra encontraremos alimento y fuerza para realizar cada día nuestra misión”. No se trata de una simple exhortación, sino de la misma misión de la Iglesia al inicio del tercer milenio. Y añadía el Papa: “¡Tomemos en nuestras manos este Libro! Aceptémoslo de parte del Señor que continuamente nos lo ofrece a través de su Iglesia (cf. Ap 10,8). Devorémoslo (cf. Ap 10,9), para que se haga vida de nuestra vida.

Gustémoslo a fondo: nos reservará fatigas, pero nos dará alegría porque es dulce como la miel (cf. Ap 10,9-10). Nos *llenaremos* de esperanza y seremos *capaces de comunicarla* a cualquier hombre o mujer que encontraremos en nuestro camino” (*Ecclesia in Europa*, 65).

Ahora bien, si nos fijamos hoy en nuestras comunidades eclesiales, ¿quizás no deberíamos decir, aunque sea en forma sintética y un poco aproximativa, que todavía hay poca Biblia en la vida y en la cultura de los creyentes así como en la misma vida pastoral? Es obvio que las situaciones de los países son muy diferentes. Pero creo que todos sentimos la urgencia de una mayor presencia de la Palabra de Dios en la vida de nuestras comunidades. Si nos detenemos en un aspecto, el de la relación entre los fieles y la Sagrada Escritura, que es el corazón de la tarea de la Federación Bíblica Católica, una encuesta reciente (los datos serán publicados en breve) revela que el 80% de los practicantes en algunos países de Europa (Italia, Francia y España) escucha la Biblia sólo durante la misa del domingo, y apenas el 3%, siempre entre los practicantes, la lee cada día. Obviamente esto comporta no sólo una ignorancia material sobre la Biblia (por ejemplo, el 40% cree que San Pablo ha escrito un Evangelio y el 26% cree lo mismo también de San Pedro), sino que sobre todo no la siente como el libro propio, como el libro de la propia vida. Pareciera, pues, que para los católicos practicantes europeos la Biblia todavía es un libro sobre todo reservado para el clero. Sin embargo, hay un dato que nos cuestiona porque muestra el deseo que los fieles tienen de la Palabra de Dios. El 41% de los practicantes piensa que la homilía es el momento más útil para el crecimiento de la fe. Esto significa que este momento de la Liturgia Eucarística tiene una potencialidad realmente extraordinaria para el crecimiento de la fe de los fieles. Y ahora la pregunta se torna candente: ¿cómo son las homilías de nuestras celebraciones? Creo que ninguno de nosotros duda de la urgencia de un reflexión profunda sobre este aspecto de la vida pastoral. Recuerdo que un escritor italiano, hablando de la homilía, la definía como “el tormento de los fieles”. Además de esto, hay numerosos problemas abiertos. Basta pensar al riesgo de la interpretación fundamentalista de la Biblia, o por el contrario, a su relativización incluso en las celebraciones litúrgicas (sucede, y no raramente, que se prefieren textos literarios a la Sagrada Escritura también en las celebraciones litúrgicas!). Pienso que en estos días surgirán no pocas cuestiones relativas a nuestro tema. Pienso en aquellas comunidades cristianas que todavía no tienen la traducción de la Biblia en su lengua; como también en el esfuerzo por unificar la traducción litúrgica con las Biblias de los fieles para tener un mismo texto. En ese contexto confiamos en un diálogo todavía más estrecho con las Asociaciones Bíblicas de los diversos países, sea tanto sobre los problemas relativos a la traducción cuanto a los comentarios de los textos sagrados. De todos modos, hay otras muchas cuestiones que hacen que nuestro encuentro sea especialmente interesante.

La centralidad de la Palabra de Dios en la vida espiritual y en la tarea pastoral

Quisiera decir unas palabras para subrayar lo que creo constituye el centro de la cuestión, es decir, el encuentro de los creyentes con la Palabra de Dios. No me alargo sobre la necesidad de la difusión de la Biblia. Son necesarios todos los esfuerzos para que llegue a las manos de todos los creyentes. Es un derecho fundamental de todo cristiano el tener la Biblia, su Biblia. Juan Pablo II, en una intervención en la asamblea que la Conferencia Episcopal Italiana tuvo sobre la Palabra de Dios, dijo: “La importante tarea de la nueva evangelización pasa a través la entrega de la Biblia a todo el pueblo de Dios” (año 1997). A veces sucede que incluso en alguna parroquia sea difícil encontrar una Biblia; si es obligatorio tener los libros litúrgicos, en particular los Leccionarios, todavía es más evidente que la Biblia tiene que estar. La Biblia es, en cierta manera, como el tabernáculo de la Palabra de Dios: hay que honrarla y tiene que estar abierta para que todos puedan alimentarse de ella, como ocurre con la Eucaristía. Pero lo que yo quisiera resaltar es el esfuerzo que debemos poner para que todo cristiano tenga su propia Biblia, la que lee cada día, la que se lleva cuando va de vacaciones. Puedo dar testimonio de la eficacia que ha tenido, en la diócesis de Terni, de donde soy obispo, la entrega que cada año se hace a cada diocesano de un libro de la Biblia comentado brevemente por mí. El comentario – espiritual más que exegético – hace que el texto sea más provechoso inmediatamente, en la línea de la *lectio divina* que todos esperamos se convierta en un punto de unión de todos los cristianos. Hago solamente una mención relativa al Antiguo Testamento

para decir que también con el pueblo hebreo se abre aquí una vía que deberíamos recorrer con más audacia: la lectura midrásica de la Biblia se acerca a nuestra lectura espiritual.

De todos modos, es aquí donde se juega la verdadera cuestión de la relación entre la Biblia y el creyente. Y la expreso con una pregunta: ¿Es la Biblia la verdadera inspiradora de la vida de los creyentes en todos sus aspectos? ¿Es la Biblia la fuente de la pastoral en nuestras diócesis, en nuestras parroquias? Si Gregorio Magno decía: “la Sagrada Escritura crece con quien la lee”, ¿crecemos nosotros y nuestras comunidades cristianas bajo la guía de la Palabra de Dios? Un amigo exegeta me explicó que un obispo le dio un esbozo de su carta pastoral y le dijo: “Añada al texto alguna frase bíblica eficaz”. Pobre obispo; en el pasado la Biblia al menos servía para demostrar la verdad de los dogmas y no ciertamente las afirmaciones de los obispos! En este breve episodio se resume en manera emblemática, aunque extremada, el equívoco de poner la Biblia a nuestro servicio, de creer que la Biblia es un bagaje de frases para usar según nuestra conveniencia. Existe, en cambio, la urgencia de recuperar la primacía de la Escritura en nuestra vida espiritual y pastoral. Alguien llega incluso a hablar de “hegemonía” de la Escritura en la vida de los creyentes. Hegemonía, obviamente, no quiere decir exclusivismo sino que la Biblia sea inspiradora de la entera vida del creyente y de la misma Iglesia. Ella es la luz que ilumina la situación, no viceversa. La Biblia no se comprende desde fuera, sino desde dentro.

Y parte de ese “dentro” es la Iglesia, es la comunidad de los creyentes. Son significativas las palabras del entonces Cardenal Ratzinger: “La Iglesia no es la palabra, sino el lugar donde habita y vive la palabra. Esto significa que está obligada a ser verdaderamente espacio de vida y no espacio de muerte para la palabra. La Iglesia no puede permitir que la palabra se pierda en las habladuras de cualquier persona o en las palabras de los tiempos que cambian, sino que tiene que conservar en su identidad inmutable. Pero para que la palabra pueda ser conservada, la Iglesia tiene que vivirla, tiene que sufrirla. Tiene que someter las fuerzas vitales de una época al juicio de esta palabra, y también tiene que poner a disposición de la palabra una nueva vida, carne y sangre humanos. Limitarse puramente a conservar sería evitar el sufrimiento y no sería ciertamente un llevar la palabra al tiempo presente” (J. Ratzinger, *Dogma y predicación*, 20). Considerada bajo esta perspectiva vital la Biblia se convierte en luz que ilumina la vida espiritual, la vida pastoral, la cultura, las ciencias, la psicología, la sociología, la misma política y los otros campos de la vida. Además, ¿el obispo, el teólogo, el sacerdote, el seminarista, el religioso, todo cristiano en cuanto tal, no debe nacer y formarse con la semilla incorruptible de la Palabra de Dios?

Cierto, llegados a este punto, las preguntas se vuelven personales: “¿Cuánto tiempo dedico a la lectura y escucha de la Biblia? ¿Cuántos libros de la Biblia he leído? En preguntas como éstas se pone de manifiesto la intensidad del amor por la Palabra de Dios y la intensidad del deseo de escuchar al Señor. Esto nos hace decir que es indispensable encontrar tiempo para leer la Biblia, hasta aprenderla de memoria; y si resulta que se tiene poco tiempo porque hay tanto que hacer, es el “quehacer” lo que debe sacrificarse, más que la escucha de la Palabra de Dios. Sabemos muy bien que todo esto exige una lucha contra la mentalidad y la misma cultura en la que estamos inmersos. La escucha de la Palabra de Dios – podríamos decir la *lectio divina* entendida como escucha religiosa – se convierte en el banco de prueba para la Iglesia al inicio de este nuevo milenio. Dice la *Dei Verbum*: “Y es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Sagrada Escritura de modo especial aquellas palabras: *La Palabra de Dios es viva y eficaz*” (21).

Por esto las Santas Escrituras no pueden ser solamente de una persona, quizás del clero o de los eruditos. Juan Pablo II, presentando el documento del 1993 de la Pontificia Comisión Bíblica titulado *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, decía: “Es un motivo de alegría ver la Biblia en mano a gente humilde y pobre que puede ofrecer a su interpretación y actualización una luz más penetrante, del punto de vista espiritual y existencial, de aquella que proviene de una ciencia segura de sí misma”. Y Benedicto XVI, continuando en esta línea, decía que “el pueblo cristiano es el verdadero propietario de la Biblia y por esto su verdadero exegeta” (*La*

sal de la tierra, 302). En la escucha de la Biblia el creyente descubre su verdadera identidad: ser discípulo. Y esa permanece por siempre. Por esto, junto a Samuel, cada cristiano debe repetir: “Habla, Señor, que tu siervo te escucha” (1 Sam 3,10). Es una actitud espiritual que hace que el creyente permanezca unido a la Palabra. Y éste es el significado de la espléndida apertura de la *Dei Verbum*: “La Palabra de Dios la escucha con devoción y la proclama con valentía el Santo Concilio”. La escucha de la Palabra de Dios significa dejarse formar por ella, dejarse conducir, dejarse ofrecer las palabras para que se hagan nuestras. La Biblia, pues, hace a la Iglesia en el sentido que “hace” al creyente, que lo edifica a su imagen y semejanza.

La Biblia es el lugar privilegiado donde Dios y el hombre se encuentran. Abraham J. Heschel escribía: “La Biblia habla no sólo de búsqueda de Dios de parte del hombre, sino también de la búsqueda del hombre de parte de Dios” (*Dio alla ricerca dell'uomo*, Roma 1983, 156). Por eso toca las cuerdas más profundas del ser humano y de su historia. Boenhoeffer, con gran sabiduría espiritual, decía: “Quien ha recibido la palabra de Dios tiene que empezar a buscar a Dios; no puede hacer otra cosa. Cuánto más la palabra de Dios se nos muestra de manera clara y profunda, tanto más vivo es nuestro deseo de conocer en modo perfectamente claro la profundidad insondable de Dios. Con el don de su palabra Dios nos anima a buscar un conocimiento cada vez más rico y un don cada vez más maravilloso. No quiere falsas satisfacciones. Cuanto más recibimos, tanto más tenemos que buscarlo, y cuanto más lo buscamos, tanto más recibiremos de Él” (DBW 15,518). La Biblia ayuda a descubrir el verdadero rostro de Dios, el rostro de un Padre que no cesa de recurrir al ser humano como si no pudiera pasar in él. ¿Y quién no comprende cuánto sea decisivo hablar de este Dios al hombre y a la mujer de hoy?

La Biblia revela al creyente también su rostro. Quien lee las páginas de la Biblia aprende poco a poco a leerse a sí mismo y a descubrirse dentro de una historia más grande: la del Señor con los hombres y la de los hombres con el Señor. Todos pueden reencontrarse en las páginas de la Escritura: en sus historias de dolor, muerte, traición, odio, pero también de esperanza, amistad, curación, compasión, ayuda, cambio. La antigua tradición rabínica decía: “Da vueltas y vueltas a la Torá porque en ella está todo y también tú mismo estás en ella todo entero” (*Abot*, 5,22). Cada uno se encontrará a sí mismo en aquellas páginas: escuchará historias que parecen hablar de él mismo, de sus traiciones y de sus esperanzas, de sus angustias y de sus sueños, de sus oraciones y de sus dramas, de su presente y su futuro. Gregorio Magno decía: “La Sagrada Escritura se presenta a los ojos de nuestra alma como un espejo, en el que podemos contemplar nuestro rostro interior”.

Su lectura ensancha las paredes del corazón y de la mente. Y manifiesta aquella primacía de la persona humana que inunda no pocas culturas contemporáneas. Sus palabras están en la base de la radical igualdad de todos los hombres, de la imborrable dignidad de toda persona y de la innegable universalidad de la salvación porque presenta un Dios padre de todos. Y en esto se funda el vínculo singular que une el pueblo hebreo con los cristianos. La Biblia ayuda a comprender las propias raíces y al mismo tiempo compromete al diálogo con el otro. Por esto, algunos – también del mundo laico – sugieren que la Biblia se estudie en todas las escuelas como un texto que ha fundamentado la historia de tantos pueblos y que puede inspirar también el futuro del planeta.

Un nuevo entusiasmo por la Palabra de Dios

Queridos amigos y amigas, ¿qué debemos esperar de este Congreso? Es difícil responder. Pero un objetivo hay que buscarlo. Y yo lo saco de la homilía del beato Juan XXIII en la toma de posesión de San Juan de Letrán como obispo de Roma: “Si todas las preocupaciones del ministerio pastoral nos inquietan y las consideramos urgentes, sobre todo sentimos el deber de estimular, por todas partes y con continuidad de acción, el entusiasmo por cada manifestación del libro divino, que ha sido creado para iluminar desde la infancia hasta la edad más tardía del camino”.

Queridos amigos y amigas, este “entusiasmo por cada manifestación del libro divino” que el beato Juan XXIII, iniciador del Concilio Vaticano II, quería suscitar en su tiempo, es lo que hoy también necesitamos. Todos esperamos que este Congreso nos ayude a suscitar en nosotros y dondequiera que estemos un nuevo entusiasmo por la Palabra de Dios.

Bienvenidos todos! Os deseo un buen trabajo! Gracias.